

uno al otro en virtud de una ley, que gobierna los movimientos, los afectos, las inclinaciones y el cariño que se llama: Atracción en los astros y amor en los corazones.

Ahí está Víctor Hugo, entonando sus sublimes estrofas con la entereza del viejo, sin sentir la debilidad artera del poeta.

Ahí está la suave y cadenciosa armonía de la lira de Musset, tan triste como las agonías del moribundo y tan tierna como las inocencias del niño.

Por último, ahí está la soberbia penetración del insigne D'Alembert, que asciende al pináculo de la sabiduría, trepa hasta el confín de la esfera estrellada con alas de nebulosa, y envuelto en espirales de grandeza, se cierne por encima del raquitismo de los mortales, sin que el recuerdo de haber llorado en brazos extraños y haberse mecido en cuna desconocida, hubiesen abatido su alma caldeada por los ensueños de la inmortalidad.

¡Oh ingratitud humana! loco de vicio y deshonor, hija de la perversidad; fraguaste un crimen dejándote llevar por el apasionamiento loco de pueriles devaneos, de malvadas aspiraciones materiales, y luego arrepentida, retrocedes infamada y lanzas á los cuatro vientos tu culpa, tu vergüenza y tu miseria, pagándote en cambio, con gloria y renombre, el humilde pedazo de tus entrañas que dejaste abandonado á merced de la magnanimidad de damas y caballeros que nunca faltan para consolar al desdichado y aliviar al afligido curándole su dolor; pero si bien existe este lenitivo, no por eso dejan de levantarse